

ejercían un derecho de adhesión moral á la desventura de un pedazo de tierra americana, la bella y desgraciada Cuba.

La prensa toda ha noticiado que un puñado de ciudadanos, al salir de los salones del Club Comercial, fueron, á los gritos de ¡viva España! agredidos á tiros de revólver y que el delegado de la 6ª circunscripción, señor doctor Pennaforte Caldas, fué herido, cuando procuraba interponer su autoridad, para reprimir la intempestiva furia de los agresores.

Por las prisiones efectuadas, está probado que éstos eran españoles y por la intervención del cónsul español se sabe ahora que á esa colonia cabe la entera responsabilidad de la agresión.

No necesitamos entrar en largas consideraciones para demostrar que no se trata de una cuestión de más ó menos y que ella no puede dejar de importar al decoro nacional, y de que estamos en el deber de exigir una reparación que disipe la justa indignación contra huéspedes que así se rebelan contra las leyes del país y ponen en riesgo la vida de los naturales de la nacionalidad que los hospeda.

En las reuniones que se han efectuado en favor de Cuba, las asambleas han meditado sensatamente sus responsabilidades, y apartando todas las cuestiones políticas, procurando evitar las complicaciones internacionales, han asentido todas ellas en que su propaganda no es de agresión contra España, sino de solidaridad americana: al punto de apreciar lo que pasa en Cuba igualmente que los sacrificios de nuestros ma-

yores para la conquista de nuestra independencia.

Quiénes ven en la sangre de Tiradentes y de los mártires de 1817 la señal de noble y santa cruzada de conquista de su nacionalidad, no pueden ver indiferentes la lucha heroica del pueblo cubano para adquirir su independencia.

Estamos ejerciendo un derecho indiscutible.

El Gobierno brasileiro puede negar, en nombre de las conveniencias internacionales, el reconocimiento de la beligerancia á Cuba; debe, por lo mismo, impedir que de aquí partan socorros de armas y navíos para reforzar la revolución. Mas no puede intervenir en el fuero privado de los ciudadanos, ni exigir que ellos ahoguen sus sentimientos de fraternidad americana, en holocausto á los intereses de España.

No aconsejamos ningún acto precipitado; mas no podríamos conformarnos con la impunidad de los agresores, que traería como complemento el sacrificio de la libertad de reunión.

Por el lenguaje de los órganos españoles de esta ciudad, se ve que hay el propósito de infundir sobre esta capital el mismo pánico que reina sobre la Habana, convirtiéndola en Cuba esclavizada el territorio brasileiro.

Se trata de buscar víctimas escogidas para expiar el crimen brasileiro de preferir ver á Cuba libre á llorarla en cautiverio y martirizada.

Trátase, pues, de una inversión de todas las normas internacionales, que sólo se puede explicar por el desvarío del fanatismo patriótico.

Franca y abiertamente, no seremos

nosotros quienes nos extrañemos que los españoles residentes en esta capital, se esfuerzen por secundar á la acción de la madre patria contra Cuba. Pero nos reservamos una restricción y es que ellos no entiendan que pueden arrebatarnos á mano armada el derecho de amar á los héroes cubanos y de considerarlos una gloria integrante de la historia de la libertad americana.

Si en vez de que los españoles se sirvieran de sus revólvers contra nosotros, descargasen en Cuba sus Mausers contra los revolucionarios, juzgaríamos que ellos estaban procediendo dignamente. Los que se precian de Cides harían obra de patriotismo embarcándose voluntariamente y en masa para Cuba; sería eso más digno que preparar emboscadas contra quienes están en su casa haciendo lo que la ley les permite.

Aconsejamos calma á los amigos de Cuba, mas no renegación de nuestro derecho.

Queremos solamente evitar que el óbolo destinado á Cuba llegue á los patriotas empapado en sangre. Para esto pedimos que las autoridades españolas cumplan su deber.

(De "Cidade do Rio")

LA HIDALGUÍA ESPAÑOLA.

La ocupación de "Victoria de las Tunas" por las fuerzas cubanas que tanta importancia significa para la causa cubana, y á tantos comentarios ha dado lugar, ya por la fortaleza que implica de los revolucionarios, ya por el botín con que alivia sus necesidades, ya por el inentendimiento que dará á las baladronadas de Weyler sobre la pacificación próxima de la Isla, ha tenido

también muestras de la eterna hidalguía española para que no faltara nada á su completo, de la hidalguía que dió lugar á las ferocidades del 27 de noviembre de 1871, del teatro de Villanueva, y de tantas y tantas escenas hijas del lujo sanguinario desplegado en Cuba.

Refiere la prensa extranjera que los españoles izaron bandera blanca en uno de los fuertes, durante el sitio. Suspendieron los cubanos el fuego, y una comisión de cincuenta hombres mandada por el Gral. jefe de E. M. Mario Menocal, se adelantó hacia el lugar en que ondeaba el signo de *parlamento*.

Los españoles la dejaron avanzar y á boca de jarro dispararon sobre ella causándole treinta y tantas bajas entre muertos y heridos, entre cuyos últimos se cuenta el bravo ingeniero Menocal.

Pero no es eso todo; avergonzados ó temerosos de las consecuencias de su felonía, lanzan después por boca de Luque, á volar la especie de que la bandera izada era la de la Cruz Roja y que los cubanos no sólo no la respetaron, sino que se ensañaron con el edificio que la sustentaba, haciendo perecer entre los escombros á los heridos y enfermos que en él había.

Afortunadamente no sólo la historia y la lógica nos auxilian á rechazar como se debe esa calumnia infame, sino que también la información imparcial ha dicho ya la última palabra sobre ese atentado odioso.

LA TOMA DE "LAS TUNAS" MAS DETALLES

ANTECEDENTES

LA DINAMITA CUBANA PUEBLOS AMENAZADOS LUQUE TEMEROSO.

La captura de Victoria de las Tunas tuvo lugar el pasado domingo 5 de septiembre de 1897, después de un bombardeo de dos días, con cinco piezas

de artillería, de las cuales una era de dinamita. Tres de los seis fuertes que defendían la ciudad fueron completamente destruidos por las metrallas de dinamita, y tres quedaron en muy indefendible condición. Antes de abrir el fuego, el general García escribió al comandante español para que éste se rindiese. Le anunciaba en su carta el general García que tenía á su disposición 5,000 hombres y todos los recursos necesarios para pulverizar á Victoria de las Tunas, y que por ello le concedía tres horas para la rendición, garantizando el general cubano la vida de todos los rendidos. El silencio fué la respuesta á las proposiciones del jefe libertador, y el viernes 3 del presente, á las 3 p. m., se abrió el fuego contra la inútil temeridad de las fuerzas españolas, que prontamente contestaron con estruendosas descargas desde sus fuertes. Los españoles tenían tres cañones, dos de ellos de doce libras, y sus primeras descargas parecían acabar en breve con todos los patriotas; pero tan pronto como entró en acción la dinamita fué asegurada la victoria de los sitiadores. Así el domingo 5 de septiembre, por la tarde, una bandera blanca fué desplegada en el asta del fuerte principal y entonces cesó el fuego por parte del ejército cubano. Un oficial español avanzó entonces desarmado hacia la fila de los patriotas, y manifestó que su jefe aceptaba la rendición en términos honoríficos. El comandante de la fuerza rendida deseaba de la generosidad cubana el respeto á la vida de sus subordinados y la libertad de todos, en caso de que su gobierno aceptase el canje. El general García convino y tomó posesión de los fuertes que quedaron en pie.

El comandante español, teniente coronel Monazegui, dijo que desde el 18 del pasado agosto preveía todo esto, y por ello había pedido refuerzos, y enviado despachos heliográficos

MUERTE DEL GRAL. ANTONIO MACEO

RELATO DEL SUCESO

POR EL GRAL. JOSÉ MIRÓ, JEFE DE E. MAYOR

Seguido de una refutación á la farsa oficial.

ANTECEDENTES.

(Continúa)

entendido, ni contestó siquiera á ninguno de los mensajes del señor Arolas, éste se enfermó de alguna gravedad y solicitó permiso para trasladarse á la capital, según costumbre española establecida en todo fracaso. La prensa habanera, bajo la impresión de tan desagradable suceso, anticipó la noticia de que el *ilustre enfermo* embarcaba para la Península en busca de aires más puros y saludables. Pero á los pocos días, y restablecido del todo, volvió el "incansable general" á ocupar su puesto en la Trocha, ostentando en las bocanagas el primer entorchado de oro!

Cuando nos dirigimos resueltamente hacia las temibles trincheras para cruzar al otro lado, quedaban en Pinar del Río, perfecta-

mente organizadas, tres brigadas de infantería al mando de un jefe inteligente y valeroso, con los pertrechos necesarios para sostenerse por largo tiempo ó al menos durante la campaña de invierno, por activas que fuesen las operaciones del enemigo. La administración civil no dejaba tampoco nada que desear; á este ramo había dedicado el general Maceo atención preferente, imprimiendo el sello de su personalidad á todos los servicios inherentes al régimen interior de la República. Se tenían, además, noticias de que la Delegación del Partido Revolucionario preparaba nuevas expediciones con destino al ejército de Occidente. De lo contrario, esto es, quedando el país á merced del enemigo, el General hubiera variado, sosteniendo con inquebrantable tenacidad la bandera de la independencia en alas de su genio militar. Aquella guerra de montaña, dura é imponente, cuyos resortes nadie como él conocía, hubiera al cabo producido los admirables resultados de una cam-

paña en mayor escala, á fuerza de choques diarios, funestos siempre para las armas españolas. En días de suprema angustia, cuando todo parecía conspirar contra nosotros, exhaustos de municiones, inermes casi, el general Maceo, á quien nunca rindió la fatiga ni amilanó la adversidad, nos enseñó una táctica nueva que, planteada sobre el terreno de la lucha, hubo de proporcionarnos desde entonces arsenal abundante, que facilitaban las cartucheras de los soldados españoles al desbandarse por aquellos espantosos desfiladeros.

Todos los esfuerzos del ejército español, aun triplicando el número de combatientes, hubieran fracasado ante las formidables posiciones que nos brindaba la cordillera de Guaniguanico, desde el Rubí hasta Bahía Honda. Eramos allí invencibles: el teatro nos era muy conocido: se aprovechaban los menores accidentes topográficos. Un grupo de tiradores bastaba para detener á una columna de cinco y seis mil hombres y colocarla en

situación difícil al menor descuido: si trataba de avanzar, no podía hacerlo sino lenta y penosamente, oprimida entre aquellas moles inaccesibles, y bajo el fuego mortífero de nuestros palotones: al iniciar la retirada se introducía la confusión en sus filas, y la persecución era entonces tenaz, continuada, incansante, hasta que se refugiaba en sus cuarteles, á retazos muchas veces. Díganlo si no las gloriosas jornadas de Tapia, con sus veinte combates sucesivos, Carajicara, Vega Morales, Cayo redondo, Quiñones, y tantas más, que completan los anales de una época grandiosa, enlazadas unas con otras como la cadena de aquellas montañas de aspecto aterrador que sirvieron de teatro á un corto número de hombres para mantener alta y viva la contienda, en lucha siempre desigual, contra fuerzas centuplicadas. Y lo atestiguan asimismo—por no citar otra serie de episodios memorables—las acciones más recientes del Rubí, realizadas el 9 y el 10 del pasado No-

viembre, cuando ya íbamos á marcha sobre la Trocha, donde nuestro intrépido caudillo con sus ochenta hombres que le acompañaban, provoca la batalla pudiese eludirla, contra veinte y cinco mil españoles mandados personalmente por Weyler; se bate durante el día 9 en las mismas posiciones, causando al enemigo considerables bajas, y rompe al día siguiente con un fuego violento destructor el ala derecha del ejército español, que no vuelve ya juntarse con el resto de sus fuerzas, mientras él prosigue la ruta camino del Mariel, dejando á Weyler completamente desorientado. Pocos ejemplos registran los anales militares de combates más brillantes y bien dirigidos. Y si el general Maceo desiste de su propósito de ir sobre la Trocha aquélla ¡cuántas ventajas no se le habrían obtenido! ¡cuántos valiosos trofeos no se alcanzarán! ¡cuántos infortunios también se evitan!.....Bastará consignar q

(Continúa.)